

## IV

Lo dicho basta para comprender la marcha triunfal que siguió Lope en su larga peregrinación, los preceptos que se impuso y los fines que realizó con poderoso esfuerzo. La creación artística al par que colosal fué completa; el buen éxito inmenso, como tal vez no fué alcanzado por ningún otro de los príncipes del Parnaso. Queda, sin embargo, por señalar, siquiera sea á grandes rasgos, aspecto no menos importante, pues se refiere al espíritu trascendental que informa aquella producción incomparable. Si en la parte literaria Lope no procedió á ciegas, sino que con madurez reflexiva, con un saber profundo y con perfecto conocimiento de la sociedad en que vivía, supo amalgamar y hasta armonizar elementos que parecían condenados á eterna lucha; en los fines morales y sociales de su obra no procedió con menos lucidez, con menos acierto y con tal elevación de miras que no le permitieron extraviarse del recto camino que recorrió con paso firme. El no escribió solamente para divertir, para dar pábulo á la imaginación de un público ávido de emociones; detrás

dir que no pequeña parte de resurrección tan gloriosa se debe á la perfección con que se han ejecutado dichas obras. La esmerada propiedad en trajes y decoraciones, la correctísima declamación que no deja escapar una sola belleza de esos versos inmortales, el profundo conocimiento de la época y de los caracteres, que se revela en todo el movimiento escénico, todo, en suma, lo que se necesita para dar una fiel interpretación dramática, enaltece el mérito artístico de la Compañía de María Guerrero. ¡Ojalá que ese noble esfuerzo tenga dignos continuadores que consumen la renovación literaria iniciada con tan brillante éxito!

del poeta estaba el filósofo, estaba el pensador; su fecundidad maravillosa fué el caudaloso río de aguas purísimas de que se valió para esparcir altas verdades, saludables consejos, principios sanos de conducta y de reforma, que harían reflexionar de seguro á muchos de los espectadores que no buscaban en la representación más que motivos de entretenimiento y solaz.

Algunos críticos no han querido ver nada en el arte fuera de su valor estético; pero esto es simplemente desconocer la constitución del espíritu humano. Si mediante un análisis teórico pueden separarse y estudiarse independientemente las diversas facultades de ese espíritu, tal separación es imposible en la vida activa del yo, en quien los fenómenos representativos despiertan luego emociones correspondientes en la sensibilidad, y tendencias de la voluntad para inclinarse en tal ó cual sentido. Este encañamiento que informa las energías de la vida psíquica, se reproduce con mayor viveza en las esferas literarias, en la poesía, en el drama; porque allí las imágenes se destacan con más fuerte colorido; porque las acciones que se desenvuelven en el teatro contienen en su misma esencia una atracción virtual de que no puede sustraerse el espectador; porque allí se sensibilizan, se objetivan pasiones, errores, luchas internas que cada uno ha sentido ó es capaz de sentir. Así se explica la influencia profundamente social que ejerce la bella literatura; así se explica también cómo ésta puede señalar el

nivel moral á que ha llegado el pueblo en que se produce, y así se entiende por último el *utile dulci* de Horacio, sabio precepto que impone al poeta el deber de dar á sus obras un sentido filosófico, que predisponga en último análisis á la práctica del bien, á la exaltación de los sentimientos elevados y nobles que abriga en germen el corazón humano.

De esta manera el poeta llega á confundirse hasta cierto punto con el moralista, siendo su influjo mayor en cuanto á que es mayor la trascendencia de su obra por ser más dúctiles, más insinuantes y de más lejano alcance los medios de que dispone. Tal es sin duda el fundamento en que se han apoyado severos ascetas para condenar sin restricción las representaciones dramáticas, porque partiendo del principio de que el halago de la pasión á primera vista inocente, excita el deseo de aproximarse al abismo donde es tan fácil resbalar y caer cuando menos se piensa, prefieren cortar de raíz la causa de males probables, en vez de entrar en conciliaciones peligrosas dada la fragilidad de nuestra pobre naturaleza. No hay, sin embargo, necesidad de llegar á ese extremo, y bien puede dejarse al dramaturgo en el lugar que le corresponde, en que logra prestar contingente importantísimo para la marcha progresiva de los pueblos. El no está obligado á formular preceptos técnicos ni á establecer doctrinas de aplicación absoluta; él no vive en la esfera de las abstracciones; su mundo es la realidad concreta, el individuo; los elementos de su análisis son las pasiones,

los intereses, las dudas y extravíos de personajes determinados, que se encuentran en situaciones dadas, y en los cuales se verifican la acción y reacción de influencias extrañas y sentimientos propios. De ese conflicto tiene que brotar sin necesidad de notarlo la enseñanza del bien que debe hacerse ó del mal que debe evitarse; la admiración que despierta el heroísmo ó el espanto que provoca el crimen; la compasión á la víctima inocente y el odio insuperable al injusto opresor, sea cual fuere el ropaje con que se cubra.

Lope no podía desconocer los altísimos deberes morales que su genio le imponía. La severidad y solidez de sus principios así filosóficos como religiosos, tenían que imprimir en sus obras un sello indeleble de pureza y rectitud nunca desmentido, sin que basten á empañarlo algunas frases y hasta situaciones que pasaban como moneda corriente en su época, y que tal vez no podría oír sin escándalo la gatzmoñería de nuestro siglo. Mas para comprenderlo en este punto importantísimo hay que ponerse á la altura de su pensamiento; hay que distinguir los ideales que le inspiraron y que concurren como otros tantos factores al fin supremo de su inmensa labor. Nuestro poeta estuvo muy lejos de confundir la interpretación artística con la esencia compleja de los hechos que presentaba; al adueñarse de ellos, seguía la elaboración para devolverlos depurados de todo elemento grosero, haciéndolos caber sin esfuerzo en el orden de las posibilidades que se ajustaban á sus elevados propósitos. Él separa intencionalmente de

su camino cuanto no contribuya al fin que va buscando. ¿Qué importa que en el curso ordinario de los acontecimientos el crimen quede con frecuencia impune, y que la razón, la justicia, la inocencia sucumban bajo fuerzas incontrastables sin esperanza de reparación en la tierra? Privilegio del genio es precisamente emanciparse de ese mecanismo brutal que tritura al débil, para construir un mundo tal como lo sueña el espíritu del hombre justo que en alas de sus nobles aspiraciones se alza sobre las torpes realidades que le cercan. Diráse tal vez que ese optimismo puramente subjetivo adolece de un falso concepto de las cosas, pues no corresponde á las complicaciones que comunmente forman la trama de la vida social, que es el campo cerrado á que debe ceñirse el poeta dramático; empero la respuesta es bien sencilla: si el arte tiene por objeto, y no puede ser otro, embellecer la realidad, claro es que no llegará á conseguirlo por la realidad misma. ¿Es esto violar los fueros de la verosimilitud? De ninguna manera, porque sobre la realidad de los hechos está la verdad de las ideas, más sustancial, más permanente, como que se acerca más á la verdad absoluta; y en esto consiste sin duda la ética del arte. Además, si por huir de ese optimismo se va á dar al extremo contrario, al pesimismo sistemático, el resultado no puede ser otro que laxar todos los resortes de la vida moral, hiriendo por su raíz esas inefables aspiraciones, únicas que logran formar eficaz contrapeso á la cadena de sufrimientos, fatal patrimonio de la existencia humana.

No debe olvidarse, por otra parte, que los ideales de Lope, como queda indicado, tenían que coincidir, mejor dicho, que ser los mismos de la sociedad para la cual escribía; de lo contrario ni habría sido comprendido ni mucho menos aclamado hasta los últimos límites del entusiasmo. Todo entonces descansaba sobre bases fijas y definitivas: la religión, la filosofía, la ciencia misma caminaban en estrecho consorcio sin que la sombra de la duda ó la crítica fuese á turbarlo, y sin que surgieran problemas sombríos que desviasen el curso de las costumbres públicas ó privadas. No quiere decir esto que el creador del teatro español buscara el aplauso halagando las preocupaciones de su tiempo: él distinguía con toda claridad los elementos sanos, de los intereses ó pasiones que pudieran corromperlos, y á conservar los primeros y eliminar los segundos se encaminaron los esfuerzos de su arte. España atravesaba un período de gloria inaudita que había exaltado en grado sumo el sentimiento nacional; exaltación que se reflejaba en cada uno de los miembros de aquel pueblo heroico, que había realizado con general estupefacción las más prodigiosas hazañas. El sol no se ponía en sus dominios, esta sola frase de verdad innegable simbolizaba el vastísimo poderío, cimentado á costa de un valor legendario; pero ese valor que á mengua habría tenido retroceder ante algún obstáculo, se hallaba informado por un conjunto de prendas ideales, que teóricamente excluían toda injusticia, todo abuso de fuerza, todo lo que empañar

podiera el tipo acabado del perfecto caballero. De aquí procedía el delicado sentimiento del honor, fundado en un altísimo concepto de la dignidad humana, independiente y superior á toda consideración, porque el honor es patrimonio de Dios, como lo repiten con frecuencia los poetas de aquel tiempo; y de aquí procedía también ese carácter distintivo que domina en las creaciones de Lope y que extiende sobre sus personajes cierto aire de nobleza que los anima y sostiene en las situaciones más apuradas.

Pero esos profundísimos sentimientos no admitían lenitivos y tocaban á menudo en los extremos de un rigor cruel, que de seguro repugnaba á la índole bondadosa de Lope, dispuesto á suavizar hasta donde podía las amargas realidades que le cercaban. ¿Quién no conoce la violencia á que había llegado la pasión religiosa en aquella época de luchas y persecuciones, en que se destaca como aterrador espectro el sombrío tribunal de la Inquisición, á cuyo servicio se encontraba, ¡ironía del destino! el Fénix de los ingenios? A pesar de esto, alguna vez se escapan á Lope frases de tolerante buen sentido que nos hacen entrever el fondo luminoso de aquella alma grande.

Bien mirado, ¿qué me han hecho  
Los luteranos á mí?  
Jesucristo los crió,  
Y puede por varios modos,  
Si él quiere, acabar con todos  
Mucho más fácil que yo.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> *Los milagros del desprecio. Acto I, escena 3ª*

Esto dice un soldado que acaba de llegar de las guerras de Flandes. Y en *La pobreza estimada* se encuentra un diálogo interesante entre Audalla, moro, y Aurelio su cautivo, víctima éste de profunda tristeza por la separación de su hija Dorotea que se halla en España. El moro, que le profesa gran cariño, procura consolarlo y le aconseja que mande por ella ofreciéndole casarla con su hijo, á cuyo fin le indica que cambie de religión. Aurelio se resiste, á lo que contesta Audalla conformándose con la resolución de su cautivo, que cada uno conserve su creencia, dejando á Dios la decisión sobre cuál es mejor. He aquí el curioso pasaje:

AUDALLA.

Deja ese alfaquí de Roma  
Con todos sus embarazos,  
Venga Dorotea á Argel,  
Goce Zulema sus brazos.

AURELIO.

Otro mayor hay en él,  
Que es el que pone estos lazos.  
No es sólo el mal del cautivo  
El estar sin libertad;  
Si ese favor no recibo,  
Es por la dificultad  
De la ley santa en que vivo.  
Venir aquí Dorotea  
Es imposible.

## AUDALLA.

No sea.  
 Sigue tu ley y tu Dios;  
 Que él sabe cuál de las dos  
 Es más razón que se crea.

Adviértese en Lope una tendencia bien determinada á favorecer al oprimido contra el opresor, á señalar en consecuencia, sea directa ó indirectamente, los defectos ó injusticias de instituciones sociales y de costumbres, generalmente reconocidas y aceptadas en su tiempo. Esta tendencia que no vacilo en apellidar reformadora, procede de un gran principio de justicia que en su alma de poeta se anima con todo el ardor del sentimiento, y se encarna en creaciones de admirable verdad. El pobre, las clases que sufren, el pueblo, en una palabra, encuentran en aquel hijo mimado de las musas un defensor noble, entusiasta, decidido, que al mismo tiempo que les hace sentir la inviolabilidad de sus derechos lastimados, despertando la conciencia de su dignidad como seres racionales, les señala las fronteras marcadas por el deber hasta donde puede llegar su acción sin que degeneren en violenta ó subversiva. Bajo el tono desenfadado de una finísima ironía, suele deslizar ideas sin otro objeto en apariencia que provocar la hilaridad de los espectadores; pero que en el fondo encierran lección seria que tomar puede más tarde el carácter de tesis socio-

lógica, destinada á suscitar graves polémicas entre los pensadores. Véase un ejemplo:

La condición social de la mujer, lo que debe ser en un pueblo civilizado, su porvenir, es un punto que en nuestro siglo, y especialmente en nuestros días, ha dado origen á acaloradas polémicas que en el terreno de la práctica se han ido traduciendo en hechos favorables al sexo débil.

En el teatro de Lope, ocupa la mujer lugar importantísimo, como objeto del ferviente culto que le rindió toda su vida, y no pierde ocasión de enaltecerla, de idealizarla, de defenderla contra abusivas prácticas que coartaban su libertad natural y que decidían del destino de toda su vida. Condena con frecuencia el que se la privase de la elección de marido conforme á sus propias inclinaciones, reservándose el derecho de disponer de su mano, aquellos bajo cuya autoridad le había tocado vivir. No olvida á veces ahondar la cuestión sobre la debatida inferioridad femenina, tema de interminables discusiones, que del campo de la novela y de la poesía ha trascendido á la ciencia, como base de reformas futuras, no faltando quien vea en tal inferioridad el resultado de los hábitos tradicionales de servidumbre en que se la ha mantenido durante largos siglos. Desde ese punto de vista, adueñado el hombre de los estudios científicos, de las carreras profesionales, de la política, del comercio, etc., ha privado á la mujer de toda autonomía, sometiéndola á una ignorancia sistemática y relegándola á funciones